



Cajinazo

Por Shayla A.

Una mente llena de tragos amargos, como un cajinazo; yo, una chavala entre paredes de hojas del saber, con alegría y una esperanza recuperada, todo se fue.

Con los pies llenos de callos,
atrapada entre la necesidad y el deseo,
entre la presión de que voy tarde hacia algún lugar, fui llorando con papeles en mano,
pensando que ya no podría rendirme,
que ya no es tan fácil solo decir “quiero morir”, y entre miles de opiniones,
hacer la mía, porque ya no confío,
porque el miedo y la duda se fueron sembrando. Estoy en una tierra infértil,
infértil de sueños juveniles,
infértil hasta para los hijos que no tengo.

Por culpa de toda una historia, por culpa del narcisismo,
yo me he quedado sin saber, sin verdaderamente aprender,
porque el miedo me está volviendo cobarde; miedo a ser una chavala valiente.
Que sí, dicen que es común a esta edad temer a lo desconocido.
Parece imposible conocer Nicaragua en profundidad, y si mi propio país no se conoce,
¿qué me queda a mí? Migrar entre dos tierras,
esperando que la esperanza sea suficiente, esperando que el amor me roce la piel,
que el deseo de aprender me sea más grande que la cuota de un cuarto con poco espacio para una cama y un par de zapatos,
y que todo esto me sea suficiente, suficiente,
para no morir en una tierra que sí me deja respirar.

La instantánea en la UCA

Por Fr. M. Jonás OCSO

Odiaría confesarte que perdí la instantánea que me tiraste
con vos en la capilla de
Nuestra Señora de Guadalupe.
Decir que la guardé entre mis papeles,
en espera de enmarcarla,
y desechando documentos, se habrá ido con los recibos
y memorándums.
Prefiero decirte que mantengo la esperanza
de encontrarla años después, cuando abra un libro
sobre teatro o
abra un cajón buscando un botón,
y me recuerde cuanto te quiero.

Tendré la instantánea, tendré el marco,
y tendré una pared
de donde colgar la memoria.



Calígene

Por Hadassah

El viento acaricia mis mejillas con regocijo.
Parpadeo porque la repentina brisa me desconcierta.
Escucho risas a mi alrededor y mi corazón empieza a latir desenfrenado.
Las voces se pierden entre ecos bulliciosos que resuenan las vigas del enmaderado.

Una ola de emoción me invade y entonces empiezo a ver con claridad:
el verde de los árboles, el azul de las paredes, el olor a tierra mojada, el sonido de libertad.

Veo a mis amigas, quienes me saludan con alegría mientras caminan hacia mí. Veo a los gatos jugar entre las hojas secas. Veo a una joven acariciando a un perro mientras le comparte un trozo de su emparedado. Veo a colores, porque mis ojos aún no creen lo que ven. Veo mis sueños, veo mi vida.

Quiero gritar porque no puedo creer que me encuentre aquí, en el lugar donde empecé a forjar mi futuro, donde mis lágrimas dieron fruto, donde los recuerdos recuperan su luz.

Intento memorizar nuevamente todo lo que está a mi alrededor; cada pincelada, cada detalle me resulta igual de magnífico que la primera vez. Sin embargo, la neblina que surge de la nada y avanza como el fuego me devuelve a la realidad.

De pronto, y sin poder evitarlo, me veo consumida en las tinieblas que amenazan con absorberme, con destruirlo todo y reducirlo a cenizas.

Busco una salida, un pequeño rayo de esperanza, pero todo lo que encuentro es silencio, frío y oscuridad.

Un ruido espeluznante sale de mis labios mientras intento aferrarme a algo, pero después de tantos intentos fallidos, dejo que la desesperanza me consuma.

¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? Alumbra mis ojos, para que no duerma de muerte; para que mi enemigo no diga: “Lo vencí”.

